

SANTIAGO ROEL

Nació en Monterrey, N. L., el 24 de noviembre de 1885, fallece en 1962.

Historiador, hombre de negocios. Está consagrado a la historia neolonesa.

Publicó: *Nuevo León. Apuntes Históricos* (1938); *Correspondencia particular de D. Santiago Vidaurri, Gobernador de Nuevo León (1855-1864)* (1946); *Malinchismo nacional* (1954); *José Eleuterio González. Apuntes biográficos publicados por acuerdo de la Comisión encargada del Homenaje al Benemérito, con motivo del L aniversario de su fallecimiento y de la traslación de sus restos al nuevo hospital* (1938); y varios estudios biográficos y artículos aparecidos en diversos órganos.

Fuente: Santiago Roel. *Correspondencia particular de D. Santiago Vidaurri, Gobernador de Nuevo León (1855-1864)*. Prologada y anotada por el Lic. . . . 2 v. Monterrey, N. L., Universidad de Nuevo León, 1946. p. VII-XIX.

SANTIAGO VIDAURRI

Vidaurri nació en Lampazos, N. L., el 25 de julio de 1808. Sus padres se llamaron Pedro Vidaurri y Teodora Valdés, naturales de Múzquiz, Coah. (llamado entonces Santa Rosa). Sus primeros años los pasó en esa villa, por lo que ha llegado a creerse que fue su pueblo nativo. Ignoro si más tarde regresó a Lampazos o vino a radicarse a Monterrey, pero seguramente que en aquellas dos poblaciones será fácil encontrar huellas de su existencia hasta que cumplió los veinticuatro, que es cuando la historia lo vuelve a encontrar en los archivos.

El primer documento que ha llegado a mi poder, con él relacionado, es por demás curioso, pero no debe extrañarnos su contenido, pues en este país casi todos nuestros próceres guerreros, salvo muy contadas y honrosas excepciones, han iniciado así su vida de aventuras, elevándose hasta las más altas esferas del poder público. Se trata de una consignación que hace, con fecha 12 de enero de 1832, la Comandancia Principal del Estado al señor alcalde primero de Monterrey, manifestándole que Vidaurri cercenó de una cuchillada la mano izquierda del soldado Juan Olivares, y habiéndosele aprehendido lo pone a su disposición, enviando la mano al hospital.

Era inteligente el prisionero y, además, sabía leer y escribir y tenía buena letra. Por eso a los pocos días comenzó a prestar sus servicios como escribiente de la cárcel del municipio, y meses después pasó con igual carácter a la secretaría del gobierno en donde, un año más tarde, lo encontramos firmando algunas piezas oficiales por acuerdo del secretario, don Pedro del Valle, en el gobierno de don Manuel Gómez de Castro.

Más tarde fue designado oficial mayor, y para 1837, gobernando don Joaquín García, era ya secretario general, cargo que desempeñó en diversas administraciones posteriores, habiendo sido la última la del general Gerónimo Cardona, (1854).

Mantenia entonces Vidaurri estrechas relaciones con los pronunciados por el Plan de Ayutla, y en mayo de 55 abandonó sigilosamente la ciudad y se fue a Lampazos, en donde lo esperaba Juan Zuazua, joven vecino de aquel municipio, quien ya se había distinguido como jefe de los voluntarios de la región, en sus luchas en contra de los indios salvajes y al frente de las tropas del gobierno que los perseguían. También había asistido a las batallas de Palo Alto y La Resaca, durante la invasión americana, así como a la defensa de Monterrey. En Lampazos proclamó don Santiago su plan, titulándolo "Restaurador de la Libertad" y sin pérdida de tiempo regresó sobre Monterrey, atacándolo el 22 del mismo mes de mayo. Al siguiente día la plaza cayó en su poder y él se declaró gobernador y comandante militar del Estado, confirmando a Zuazua el grado de coronel. Al mismo tiempo se pronunciaron, Zaragoza en Victoria, y Escobedo y Aramberri en el Sur del Estado. Garza Ayala se unió a Vidaurri en el ataque a Monterrey, sentando plaza de soldado raso en sus filas, lo mismo que Naranjo.

Al frente de sus tropas marchó Vidaurri sobre Matamoros para batir al general centralista Adrián Woll, pero no alcanzó a llegar, pues tuvo noticias de que el general Güitián avanzaba sobre Saltillo, con ánimo de pasarse a Monterrey, y entonces regresó violentamente, prosiguiendo su marcha sobre la capital vecina, la que pudo tomar después de reñido combate. Zuazua continuó con éxito la campaña sobre San Luis Potosí y Vidaurri se volvió a Monterrey, comenzando a destacarse ya en la política nacional por sus rápidas victorias, como uno de los más distinguidos elementos del partido liberal, que ya iniciaba su reorganización.

Después del triunfo del Plan de Ayutla y fortalecido con sus éxitos, Vidaurri se convirtió en árbitro de los destinos de esta frontera, y de propia autoridad decretó (19 de febrero de 1856) la anexión de Coahuila a Nuevo León. Ese decreto, y los actos ejecutivos que le siguieron, causaron una lamentable división de opiniones y múltiples controversias en el seno del Congreso Constituyente del 57. El Presidente Comonfort ordenó entonces al licenciado y general don Juan José de la Garza, gobernador de Tamaulipas, que redujera a la obediencia a Vidaurri por medio de las armas, y al mismo tiempo dispuso que el general Rosas Landa, quien se encontraba en San Luis Potosí, marchara sobre Monterrey con igual objeto.

Entonces Zuazua avanzó sobre Ciudad Mier, en unión de Vidaurri, y despachó a Escobedo sobre Ciudad Victoria; pero el general tamaulipeco derrotó a éste cerca de Cadereyta y entró a Monterrey. Escobedo y Zaragoza se hicieron fuertes en la Ciudadela. En ese combate se inició en la carrera de las armas, al lado de los defensores de la plaza, el que más tarde llegaría a ser ameritado general don Gerónimo Treviño.

A punto de ser vencidos estaban los sitiados, después de tres días de escaramuzas, cuando llegó Zuazua con sus rifles, y cargando impetuosamente sobre la gente de Garza lo puso en dispersión. Este se fue a unir con Rosas Landa por el camino de Saltillo, y Zaragoza marchó sobre ambos; pero en la Cuesta de los Muertos, en vísperas de librarse la batalla decisiva, se logró un armisticio, al que siguió un convenio que puso fin a aquella lucha.

En el Congreso Constituyente, la actitud de Vidaurri tuvo muchos defensores, entre ellos don Ignacio Ramírez, el *Nigromante*, resolviéndose al fin que Coahuila quedara incorporada a Nuevo León.

Con el golpe de Estado de Comonfort, la República volvió a verse envuelta en nueva contienda fratricida, durante tres años. Liberales y conservadores, antes federalistas y centralistas, emprendieron sangrienta y prolongada lucha. Nuevo León estuvo con los primeros y todos sus elementos de combate se pusieron a las órdenes de Juárez, con Vidaurri a la cabeza, siendo Zuazua su genio militar. Este valiente jefe fronterizo marchó al interior, librando importante batalla en contra de Miramón en el Puerto de Carretas y tomando luego Zacatecas y San Luis Potosí. Vidaurri fue a ponerse al frente de las tropas, pero careciendo de estrategia, fue derrotado por

Miramón con todo el Ejército del Norte en la célebre batalla de Ahualulco.

Maltrechos y dispersos regresaron nuestros bravos soldados a Nuevo León, pero poco después volvieron a organizarse para emprender de nuevo la campaña sobre el interior. Pronto Zuazua tomó otra vez la plaza de San Luis y, habiendo reunido una división de cinco mil hombres, se puso a las órdenes del general González Ortega.

La actitud de Zuazua, secundada por Aramberri, Escobedo, Zaragoza, Garza Ayala y demás jefes fronterizos, causó profundo disgusto a Vidaurri, quien temió perder su hegemonía en el norte al carecer de ejército y ordenó a sus subalternos que regresaran al Estado, sin tener en cuenta el peligro que para las fuerzas liberales entrañaba aquel mandato. Ya antes había llamado a Zuazua y lo retenía en Monterrey con diversos pretextos. Los demás jefes, al recibir las órdenes de Vidaurri, acordaron enviar a Escobedo para que lo convenciera de que no era prudente la retirada de la división fronteriza. Vidaurri montó en cólera al saber cuál era la misión que Escobedo traía y lo mandó arrestar. Intervino Zuazua, y Escobedo fue libertado, terminando así el incidente; pero la rebeldía de Vidaurri continuó, ocasionando que Degollado nombrara a Aramberri como jefe de las fuerzas del Estado de Nuevo León y Coahuila y gobernador del mismo.

Y sobrevino entonces una profunda división entre los caudillos nuevoleonenses: Vidaurri, Zuazua y Quiroga iban a luchar en lo sucesivo en contra de Zaragoza, Escobedo, Aramberri, Garza Ayala, Naranjo, Treviño, Pedro Martínez y demás jefes juaristas. Vidaurri aunque reconociendo la autoridad del Presidente Juárez, desconoció la de su ministro de Guerra, Degollado, y amenazó a éste por medio de un decreto de considerarlo como enemigo de la paz del Estado si llegaba a pisar su territorio.

Designado Aramberri para hacerse cargo del gobierno y de la comandancia militar, como dijimos antes, y auxiliado por Escobedo y Zaragoza logró que este último sorprendiera a la guarnición de la plaza de Monterrey, la noche del 24 al 25 de Septiembre de 1859 (pues Zuazua había salido a batir al primero, quien en actitud hostil se encontraba en Galeana) y haciendo prisionero a Vidaurri, ordenó su expulsión del Estado. Al saberlo, Zuazua contramarchó, dirigiéndose a Lampazos, en donde se reunió con Vidaurri. Poco después se celebraron las elecciones en el Estado y, como era de esperarse,

Vidaurri resultó de nuevo designado gobernador. Pero si bien éste triunfó en las elecciones, en cambio la mayoría del Congreso le resultó contraria a sus propósitos y pronto se suscitaron serias controversias entre ambos poderes, las cuales trajeron como consecuencia una ruptura de relaciones. Aquella mayoría se instaló en Galeana, al amparo de Escobedo y Aramberri; pero Vidaurri consideró sublevados a los representantes que la integraban y ordenó a Quiroga que saliera a batirlos por el rumbo de Linares, en tanto que él, acompañado de Zuazua, salió rumbo a Saltillo para atacarlos por la retaguardia.

El 30 de julio de 1860 parte de las fuerzas de Vidaurri se hallaba en Rinconada y el resto había llegado ya a Ramos Arizpe. Vidaurri, con una pequeña escolta avanzó del primer punto y pernoctó en un lugar cercano llamado San Gregorio. El teniente coronel Eugenio García, de las fuerzas de Aramberri, andaba por aquel rumbo y se dispuso a sorprenderlo. Zuazua llegó poco después que Vidaurri y todos se entregaron al descanso. Entre la una y las dos de la mañana del día 31, García emprendió el ataque. A los primeros disparos, Zuazua se incorporó en el lecho en que se hallaba y recibió un balazo en el cerebello, cayendo muerto. De acción de armas calificaron este suceso los adversarios de Vidaurri. Como un asesinato lo reputaron éste y sus amigos.

Después de estos sucesos, Escobedo, Aramberri y demás jefes fronterizos adversarios de Vidaurri marcharon a unirse con las fuerzas del Gobierno en el centro y sur del país, para continuar la lucha en contra de los conservadores. Garza Ayala había recibido la comisión de sublevar al distrito de Parras, pero fue hecho prisionero y, juzgado por un consejo de guerra en Saltillo, se le condenó a muerte. Vidaurri le perdonó la vida en atención a sus merecimientos y porque ninguna intervención tuvo en la muerte de Zuazua; y aun lo mandó poner en libertad, con la sola condición de que se ausentara del Estado. Entonces marchó también al interior y se puso a las órdenes de Zaragoza.

Vencedor Vidaurri en sus luchas en contra del Congreso local y en contra de algunos de sus antiguos subordinados, no extremó las medidas de rigor para quienes llegaron a caer en sus manos, como acabamos de ver en el caso de Garza Ayala, pues a todos sus adversarios, después de ser juzgados y condenados a muerte o a largos años de prisión, los mandaba poner en libertad.

Le fue fácil a Vidaurri dominar a sus enemigos en aquella lucha, pues tenía organizada la guardia nacional del Estado de Nuevo León y Coahuila con todos los ciudadanos aptos para la guerra; la móvil con los solteros, viudos y casados sin hijos, y la sedentaria con todos los demás. Tenía militarizado al Estado y por eso fue que durante la guerra de Tres Años de aquí salieron numerosos contingentes para el interior, que pasearon sus triunfos y sus derrotas por gran parte del país y que fueron famosos por su acometividad y su valor en los combates; siendo digno de notarse que aquel caudillo sabía infundir a sus subordinados tal entusiasmo, que todos iban a la lucha más por su propia voluntad que por obligado reclutamiento.

Nuevos sacrificios y más azarosos días esperaban a la República. Apenas vencidos los conservadores, otra vez la guerra volvió a encenderse por todas partes, cuando el ejército francés desembarcó en las playas del Golfo. Juárez tuvo que abandonar la capital y marchó a San Luis Potosí, de donde continuó a Saltillo.

Vidaurri seguía siendo árbitro de los destinos de esta frontera. Gobernaba sin sujeción alguna al gobierno general, recaudando los ingresos de las aduanas, desde Piedras Negras hasta Matamoros, y continuaba en conflicto con algunos jefes del ejército republicano, de quienes temía que lo desposeyeran del mando, que era su única obsesión, aunque con frecuencia sabía disimularla.

Hasta el último momento, antes de romper definitivamente con Juárez, estuvo protestándole gran estimación y sincera lealtad; pero una lealtad a su manera, siempre que las órdenes recibidas no pugnarán con sus determinaciones. Ejemplo típico de esta rara obediencia lo encontramos en su carta del 5 de junio de 1861, cuando al contestar una del presidente, en la que le ordenaba diera posesión de sus cargos a unos empleados federales que habían sido nombrados por el gobierno, le decía: "... Siempre he sido franco, y mal haría en no serlo con Ud. Por lo mismo, le suplico que no me obligue a decirle: que no le he desobedecido, ni lo desobedezco, ni lo desobedeceré; pero que no doy posesión a los empleados nombrados y tendré que hacerlos salir del Estado..."

Su mayor culpa, imperdonable por cierto, consistió, no en haberse sometido al Imperio, que ese acto, en sí, no tuvo ningunas consecuencias para la causa republicana, sino en haber estado sistemáticamente negándose a enviar al interior las pie-

zas de artillería y demás armamento y tropas que Juárez le solicitaba con urgencia, para la defensa del país; negativas que adornaba con falsas promesas y notoriamente fútiles pretextos, unas veces diciendo que no había carros para llevar los cañones, y otras, que ya cargados se rompían las ruedas. Y Juárez, aquél Juárez impassible ante todos los peligros y de una serenidad que no tiene precedente en nuestra historia, suponía creer las argucias del caudillo norteño y hasta le sugería, en amables y amistosas frases, la manera de transportar las piezas; pero sin éxito, porque Vidaurri volvía a elaborar nuevas razones en contrario, en una forma socarrona y desconcertante.

Sin embargo de tan complicadas atenciones, nunca descuidó el gobierno de su Estado y supo administrar con la mayor eficacia todos los ramos de público interés.

Instalado en Saltillo don Benito Juárez con su gobierno (enero de 1864) y necesitando contar con los recursos pecuniarios que la campaña contra los franceses y conservadores exigía, ordenó a Vidaurri que pusiera a disposición del ministro de Hacienda las aduanas y demás fuentes de ingresos que correspondían a la federación, y que desde tiempo atrás con entera libertad manejaba como gobernador de Nuevo León y Coahuila. Pero Vidaurri se negó a cumplimentar la orden, alegando que necesitaba aquellos productos para mantener la paz en el Estado que gobernaba. Nuevas notas y nuevas evasivas de Vidaurri siguieron a las anteriores. Juárez, por medio de su ministro Iglesias, no queriendo que se crearan conflictos entre los elementos liberales, fue prudente en extremo en aquella controversia; pero Vidaurri se envalentonaba cada día más, llegando hasta la amenaza. El presidente, entonces, decidió trasladarse a esta capital y marchando a la vanguardia el general Doblado, llegó a Santa Catarina con mil quinientos hombres. Allí recibió éste un recado de Vidaurri en que le pedía que no avanzaran más sus fuerzas, pues la ciudad estaba dispuesta a recibir al presidente con todos los honores de su alto rango. También el general Antillón, con dos mil soldados, llegó al mismo lugar.

Doblado entró a Monterrey con una corta fuerza y cuatro piezas de artillería, pero don Santiago, sospechando que pronto tratarían de someterlo al orden, mandó arrestar a los artilleros y conducir las piezas a la Ciudadela, en donde, al mismo tiempo, las fuerzas del rebelde gobernador empezaron a tomar dispositivos de combate. Don Benito, deseando evitar to-

davía un rompimiento que sería de fatales resultados para la causa que defendía, ordenó que las fuerzas de su gobierno pernoctaran al pie de la loma del Obispado, y él y sus ministros pasaron aquella noche (11 de febrero) en una quinta de aquel rumbo llamada El Mirador. Al siguiente día, poco después de las doce horas, Juárez y sus fuerzas entraron al centro de la población, mientras el gobernador se encerraba en la Ciudadela con los suyos.

El presidente se instaló en el Palacio de Gobierno y mandó llamar a Vidaurri, quien, aunque protestándole fidelidad, se rehusó a visitarlo mientras estuvieran en Monterrey las fuerzas de Doblado, y amenazó con atacar a éste y a su división si no se retiraban.

El presidente, extremando aún su prudencia, ordenó que la división de Doblado saliera de la ciudad. Inmediatamente después Vidaurri le envió atento recado suplicándole que lo recibiera para ofrecerle sus respetos y ver la manera de resolver definitivamente sus diferencias. Obtenida la anuencia de Juárez, Vidaurri se trasladó al Palacio de Gobierno, haciéndose acompañar de numerosos vecinos, quienes en el trayecto lo fueron vitoreando. La conferencia de ambos mandatarios apenas duró diez minutos y Juárez resolvió regresar a Saltillo, pues le era imposible aceptar las absurdas condiciones que le imponía Vidaurri. A este rompimiento de relaciones siguió una franca rebeldía del gobernador, quien ordenó a todas las autoridades del Estado que no obedecieran mandato alguno del gobierno central.

Tan luego como don Benito Juárez llegó a Saltillo, dispuso una reconcentración de fuerzas para reducir al orden al rebelde gobernante, y se dirigió en tal sentido a varios generales que operaban por diversas partes del país, distrayéndose así por culpa de Vidaurri, los elementos que combatían a los franceses. Al mismo tiempo, usando de las facultades extraordinarias con que se hallaba investido, decretó la separación de Nuevo León y Coahuila (16 de febrero de 1864) que años antes Vidaurri arbitrariamente había unido; y por último, declaró el estado de sitio en ambas entidades. El gobernador, por su parte, se preparó también a la lucha, sin considerar el gravísimo daño que hacía a la defensa nacional contra los franceses, y comenzó a reclutar gente, disponiendo que se artillara la Ciudadela con sus mejores cañones.

Estos lamentables acontecimientos dieron margen a que el general francés Bazaine, estimando que Vidaurri podría ser

para la intervención un elemento de importancia, lo invitara a someterse a ella. Al mismo tiempo le anunciaba que pronto invadiría el Estado con sus fuerzas. Vidaurri, resuelto ya a claudicar, pero procurando escudarse con la opinión del pueblo, como acostumbraba hacerlo siempre que trataba de eludir responsabilidades, sometió a votación las proposiciones del general francés, lo cual se verificó en todos los municipios. Votar por la paz era someterse al Imperio y votar por la guerra era seguir al lado de Juárez. La mayor parte de los ciudadanos votaron por la guerra, pero el cómputo final no llegó a verificarse, porque Juárez con numerosos elementos a sus órdenes, volvió sobre Monterrey, y Vidaurri se vio obligado a abandonar el Estado, refugiándose en Texas. Salió de la capital rumbo a Piedras Negras, al frente de mil hombres y veinte piezas de artillería. En seguida salió Quiroga con la caballería y un hijo de aquél, Indalecio, marchó al último, con una sección de tropa.

El día 2 de abril llegó a Monterrey el general Negrete, ministro de Guerra, y al día siguiente Juárez estableció aquí su gobierno. Entre tanto, las tropas franco-mexicanas avanzaron sobre Coahuila y Nuevo León, y en distintos pueblos del Estado se insurreccionaron partidas en contra de Juárez, instigadas por Vidaurri y Quiroga, quienes seguían refugiados en Texas.

Estando en Saltillo, Juárez había declarado traidores no solamente a Vidaurri y a sus principales lugartenientes, sino también a todos los ciudadanos de ambos Estados que acudieron a la votación convocada por Vidaurri con motivo de la invitación de Bazaine, pues consideraba que el deber no podía discutirse, y que ni para demostrar patriotismo, optando por la guerra, era lícito concurrir a aquella votación que envolvía una duda a la fidelidad debida a la Patria; pero llegando a Monterrey revocó su decreto, al saber que la mayor parte de los ciudadanos había votado por la guerra.

El general Castagny venía sobre Saltillo y Monterrey, en tanto que Mejía avanzaba sobre Matamoros. Para defender las tres poblaciones, Juárez tuvo que repartir sus fuerzas y quedó debilitado Monterrey. Entonces Quiroga e Indalecio Vidaurri se aproximaron a la ciudad con ánimo de atacarla. Don Benito se vio precisado a salir de ella en los precisos momentos en que llegaba el enemigo, quien lo siguió hasta Santa Catarina, tiroteándolo.

El presidente intentaba regresar a Saltillo, pero Castagny

estaba ya próximo y entonces varió su rumbo, reorganizando sus fuerzas en Rinconada y dirigiéndose de allí a Monclova y luego a Chihuahua.

Castagny, al frente de sus bien equipadas tropas, llegó a Monterrey el 26 de agosto. Quiroga se había posesionado poco antes de la población, declarándose gobernador. Días después llegó también Vidaurri y ambos pretendieron que el general francés no pisara territorio del Estado; pero no habiéndolo logrado se retiraron a la Villa de Salinas Victoria. La tenaz obsesión de Vidaurri de seguir siendo árbitro de los destinos de la frontera, lo impulsaba a no reconocer aún al Imperio si no se le concedía el mando absoluto de que había sido privado por Juárez. Así lo hizo saber a Castagny, pero éste se lo negó, ofreciéndole en cambio que sus servicios serían aprovechados al lado del Emperador.

Desalentado Vidaurri y viéndose en una posición ambigua y peligrosa, se sometió al Imperio en la citada población de Salinas Victoria, haciendo lo mismo Quiroga. Ambos reconocieron a Maximiliano como legítimo soberano de México y se comprometieron por su honor a serle fieles. Entonces marcharon a Guanajuato y allí se presentaron al Emperador, quien los recibió afectuosamente y los agregó a su séquito. Más tarde, Vidaurri fue designado consejero imperial y luego ministro de Hacienda.

No obstante la sumisión de Vidaurri al Imperio y sus protestas de adhesión a las armas intervencionistas, no abandonaba sus proyectos de volver a constituirse en caudillo de esta frontera, mediante componendas con sus antiguos compañeros de lucha, los liberales y republicanos.

Ya vimos antes que Bazaine y Jeanningros sospechaban esas relaciones de Vidaurri. También Peza, ministro de Guerra de Maximiliano, informaba a éste en términos idénticos, con motivo de un viaje que aquél y Quiroga hicieron a Monterrey a fines de marzo de 1865. "Desde que llegaron a Monterrey —le escribía— trabajan en contra del gobierno, pues se nota que sus amigos y agentes están en continuo movimiento y alarmada la gente, que propende al desorden en los pueblos del Departamento."

Pero Vidaurri no era sincero ni con el Emperador ni con los liberales. Pretendía recuperar el poder por cualquier medio y lo esperaba de unos o de otros, mediante diversas maquinaciones. Su obsesión era volver al Estado como árbitro de sus destinos y hasta llegó a pensar en una alianza con Santa Anna

y en el regreso de éste, que quizá también en su destierro anhelaba alcanzar una vez más la presidencia de México. Su falta de sinceridad lo hacía insinuarse con los republicanos, al mismo tiempo que los denunciaba ante el Emperador, en términos que claramente traslucían sus esperanzas de que éste le entregara el mando del Estado.

Tomada la plaza de México, después del triunfo de los republicanos en Querétaro, el 8 de julio del 67, a las seis de la mañana fue aprehendido don Santiago Vidaurri en la casa No. 6 de la entonces calle de San Camilo (ahora Leandro Valle) en la que se hallaba oculto. Como el general don Porfirio Díaz había ordenado que bajo pena de muerte se presentaran en el término de veinticuatro horas todos los que hubieran servido al Imperio, y don Santiago no lo hizo, fue condenado al terrible castigo, que el mismo día se cumplió. A las cuatro de la tarde se le condujo de la Diputación, lugar en donde se hallaba prisionero, a la Plazuela de Santo Domingo, que era el sitio destinado para ejecutarlo. Murió valientemente y sus postreras palabras fueron: "Deseo que mi sangre sea la última derramada y que México sea feliz." Se le fusiló por la espalda, como traidor. Tres balas le atravesaron el cuerpo y fue herido por otras dos, una en cada mano. También se le dio el tiro de gracia en el temporal derecho.

El cadáver de Vidaurri fue sepultado en México, y en febrero de 1868 trasladado a Monterrey, inhumándose en el panteón municipal número 1, de donde más tarde se exhumó para llevarlo, de acuerdo con sus últimos deseos, a una de sus propiedades, la Mesa de Catujanos, en Lampazos, siendo colocado en una bóveda de la capilla de la Hacienda, en donde hoy reposan sus restos.